

El ensayo y las prácticas editoriales

Elizabeth Hutnik*

IdiHCS – Conicet – Universidad Nacional de La Plata

Resumen

En este trabajo analizaremos los llamados “libros de ensayo” desde una perspectiva editorial. Para ello, haremos una revisión de la categoría de ensayo atendiendo a su forma, los procedimientos que emplea, los temas que aborda, su relación con el sujeto autorial, su vínculo con el conocimiento y el discurso científico, y su lugar dentro del campo editorial. Por último, y a partir de la teoría económica de los *commodities*, exploraremos las características del ensayo como bien cultural y como bien material.

Palabras clave

Ensayo – Práctica editorial – Mercado – *Commodity*

Abstract

In this paper we will analyse the so-called “essay’s books” from the publishing perspective. In that way, we will study the very notion of “essay” with regards to: a) form; b) literary procedures; c) topics; d) the author / subjectivity; e) the relationship with knowledge; f) the link with scientific discourse; g) its place in the publishing field. Last but not least, we will explore some essay’s characteristics from the point of view of the Economic Theory of Commodities. We will analyse the essay attending to its double construction: as a cultural and as a material product.

Keywords

Essay – Publishing practices – Market – Commodity

Introducción

El ensayo ha sido caracterizado de muchos modos; como prosa didáctica, texto de civilización, prosa de ideas, poema filosófico, literatura del pensamiento, literatura de ideas o sencillamente, reflexión. Si bien existe una pluralidad de definiciones y abordajes sobre este formato, a decir verdad, no hay maneras de proceder que funcionen como modelos obligados para su escritura, ni para su interpretación, ni tampoco para determinar a qué temas o problemas presta atención.

Tanto escritores como editores han dado en llamar *ensayo* a todo aquello difícil de clasificar en las tradicionales divisiones de los géneros literarios, y esto no ha contribuido sino al oscurecimiento de su significado. El ensayo es un género en constante mutación, sus transformaciones responden a nuevas demandas temáticas y también formales. Los modos discursivos de trasmisión de las ideas se modifican al tiempo que lo hacen los conceptos, sin ignorar los cambios asociados en el paradigma autoral, editorial y de lectura que necesariamente generan un impacto en los así llamados géneros literarios.

No es el objetivo de este trabajo realizar un estudio historiográfico del ensayo, pero sí es necesario retomar algunas cuestiones ligadas a su forma y a la aparente vaguedad de la categoría para poder dar sentido al análisis posterior.

El género literario y el ensayo

El género literario está formado por un conjunto de constantes semióticas y retóricas, con cierta regularidad histórica y presente en un determinado número de textos literarios. Constituyen la institucionalización social de ciertas propiedades discursivas, determinando los modos de producción y recepción de los textos.

Dada la clásica división tripartita de los géneros literarios: lírica, dramática, épica, Huerta Calvo (218) añade a esta tríada “los géneros didáctico-ensayísticos” que incluyen casi todas las manifestaciones de la prosa escrita no ficcional.

Según Todorov, el género es una clase de texto y su origen está en el discurso humano pues “en una sociedad se institucionaliza la recurrencia de ciertas propiedades discursivas, y los textos individuales son producidos y percibidos en relación con la norma que constituye esa codificación”. (6). Los géneros son codificaciones de propiedades discursivas que funcionan como “horizontes de expectativa” para los lectores y como “modelos de escritura” para los autores (Todorov). Éstos pueden escribir dentro, fuera o atentando contra ese modelo de escritura, y los lectores, por su parte, leen en función de ciertas pistas dadas por el sistema genérico, que pueden conocer, consciente o inconscientemente a través de la crítica, la academia o el boca a boca. Así Todorov postula que, como cualquier institución, los géneros evidencian los rasgos constitutivos de la sociedad a la que pertenecen.¹ En efecto, para Bajtin, son las esferas sociales del uso de la lengua las que elaboran un cierto tipo estable de enunciados que él llama “géneros discursivos”. En cuanto al ensayo, Weinberg (2007a)

1 “La necesidad de la institucionalización permite responder a otra pregunta que resulta tentador formular: aún admitiendo que todos los géneros provienen de actos de lenguaje, ¿cómo explicarse que todos los actos de habla no produzcan géneros literarios? La respuesta es ésta: una sociedad elige y codifica los actos que corresponden más exactamente a su ideología; por lo que tanto la existencia de ciertos géneros en una sociedad, como su ausencia en otra, son reveladoras de esa ideología y nos permiten precizarla con mayor o menor exactitud. No es una casualidad que la epopeya sea posible en una época y la novela en otra, ni que el héroe individual de ésta se oponga al héroe colectivo de aquélla: cada una de estas opciones depende del marco ideológico en el seno del cual se opera.” (8).

propone que éste corresponde a un “género sin orillas” (3), pues su representación es siempre imprecisa y sus límites confusos, cambiantes, inciertos.

Los procedimientos del ensayo

Varios autores parecen coincidir en que lo esencial del ensayo es que establece una propuesta y la sostiene a lo largo del texto. Es un juicio pero lo primordial en él no es la sentencia sino el proceso mismo de juzgar (Lukács). Este tipo de texto habla de algo ya formado, algo que ha sido. Se limita a ordenar de un nuevo modo algo existente. En esta misma línea, Adorno reconoce que el ensayo

No empieza por Adán y Eva, sino por aquello de que quiere hablar; dice lo que a su propósito se le ocurre, termina cuando él mismo se siente llegado al final, y no donde no queda ya resto alguno [...] Sus conceptos no se construyen a partir de algo primero ni se redondean en algo último. Sus interpretaciones no están filológicamente fundadas y medidas, sino que son por principio hiperinterpretaciones... (12).

Más que una designación o noción específica, el ensayo circula como un intento de sugerir una representación posible del mundo.

Para Real de Azúa, la clave del ensayo se encuentra en su capacidad de generalización:

[...] lo que hace –evidentemente– “ensayístico” un discurso o un artículo, un bosquejo periodístico o un material de propaganda (incluso) es cierta potencial, siempre presente capacidad de generalización, desde lo concreto; una capacidad que le da duración a lo que es fugaz, permanencia, necesidad a lo contingente. (19).

Para Grüner, el ensayo consiste en “identificar un lugar fallido, localizar un error” (14), y se diferencia de la ciencia pues no se propone *a priori*, restituir ningún origen sino constituirse como testimonio de ese acontecimiento por medio de la escritura. Si bien, como señala Altamirano, todo “discurso doxológico” se enuncia desde una “posición de verdad” (206), el ensayo no pretende establecerse como verdad última sino que “se hace verdadero en su avance” (Adorno: 24).

Bourdieu, por otro lado, señala la función activa del ensayo en el espacio público. Su caracterización —o la de cualquier otra formación discursiva, sostiene— no es sino el efecto del campo, el producto de las tensiones sociales que determinan las interpretaciones. De este modo, el ensayo podría leerse y recuperarse tanto desde el ámbito de la literatura como desde la historia; desde el ámbito del periodismo como desde los estudios literarios, la política o la filosofía.

A partir de una perspectiva cartográfica, el ensayo funciona como un mapa que orienta al lector, guía algunos de sus pasos y le permite visualizar el recorrido andado pero, al mismo tiempo, pone en cuestión las fronteras (Larrosa y Scheines).

La forma del ensayo

Algunas veces se ha caracterizado al ensayo por su brevedad o por la capacidad de ser leído *de un tirón* (sin precisiones claras acerca de las particularidades de ese tirón). A diferencia del texto informativo, el ensayo no posee una estructura definida ni sistematizada o compartimentada en apartados o lecciones; suele ser muy flexible. En términos de estructura sintáctica, la exposición ensayística no subordina, sino que coordina los elementos, por lo que el resultado es

un formato más dinámico que el del pensamiento tradicional. En ese dinamismo, al servirse de todas las figuras retóricas que le resultan útiles (imágenes, metáforas, comparaciones, símbolos, metonimias) construye un mundo con su propia legalidad.

Es interesante retomar la idea del fragmento o del carácter fragmentario del ensayo, pues éste se constituye como un tramo, un intervalo temático frente a la totalidad; es la marca de lo uno en lo diverso o, como propuso Lukács a la manera kantiana, el ensayo es un enlace entre lo particular y lo universal, pero en ese particular la totalidad debe asomarse sin afirmarse.

Saer propone que el ensayo se encuentra atravesado por dos fuerzas opuestas: por un lado, su vocación como prosa artística, con demandas específicas de lectura y vínculo con una compleja y rica tradición literaria y, por el otro, su apertura a la divulgación y las crecientes influencias de nuevas formas de prosaísmo y pragmatismo. El hecho de estar escrito en prosa –más o menos artística, más o menos divulgativa– es, para Saer, su especificidad ya que de otro modo es imposible asociar al ensayo con, por ejemplo, un tópico, una modalidad, una época, una disciplina, etc.

Vale la pena retomar aquí a Lukács para quien la ciencia obra sobre nosotros por sus contenidos y el arte por sus formas. Podríamos proponer entonces que el discurso ensayístico responde cortés y equitativamente a la forma y al contenido.

Los temas del ensayo

El ensayo es un texto producto del pensamiento o del juicio que se sitúa incómodamente en las zonas fronterizas de la ciencia –en sentido amplio–, la literatura y la filosofía. Pero al mismo tiempo, y por sus cualidades antes mencionadas, se

distingue de las ciencias físicas, naturales, exactas y de las ciencias aplicadas, como las técnicas. De hecho, en distintas ocasiones muchas de estas disciplinas han expulsado de sus esferas esta prosa por considerarla carente de rigor o cientificidad.

No es posible asociar el ensayo con una especificidad temática, pues su interés está en “los temas del hombre” (Real de Azúa: 14) o los “problemas humanos ante los valores que individualizan y diferencian a cada época de las precedentes” (Gómez Martínez: 14). Asimismo, se ha vinculado el ensayo con los temas “de actualidad”, pero la contemporaneidad de sus tópicos es un rasgo difícil de sostener, basta con revisar algunos catálogos editoriales para encontrar sobrados contraejemplos.

La subjetividad en el ensayo

Una de las particularidades que distingue el ensayo de otros textos afines es, según indican Piera y Weinberg (2007b), la firma que respalda la obra, el nombre del autor que asume una perspectiva personal, responsable de un punto de vista frente al mundo que decide interpretar a partir de un horizonte de sentido y sobre el que se propone como un modo de intervención social. No obstante, el hecho de que comparta con otras formas la prosa no ficcional hace que pueda considerarse ensayo incluso el artículo de opinión, la reseña, el comentario bibliográfico, las notas, etc. (pero lógicamente, el desarrollo argumental de estas últimas es mucho menor). La subjetividad es parte esencial del ensayo. Es la motivación interior la que elige el tema y el modo en que será tratado. Para citar nuevamente a Bajtin, podríamos decir que el ensayo es susceptible al reflejo de la individualidad del hablante en el lenguaje del enunciado. Como sugiere Gómez Martínez, “El ‘yo’ del autor se destaca en todas las páginas, como estandarte

que anuncia una fuerte personalidad”. (28).

Para Scarano, el texto ensayístico es un acontecimiento discursivo en su conjunto.

Lo dicho en forma explícita o implícita, las tesis expuestas y los argumentos esgrimidos, asumen nuevos sentidos a la luz de los matices que surgen de la puesta “en situación” de esos enunciados, y de los contraluces y entrelíneas que se intercalan en esa suerte de *disputatio* moderna, donde los ensayos aludidos intervienen en el libre juego del “dialogismo interdiscursivo” [Angenot, 1989], en diálogo con otros textos-respuestas, coetáneos o no, enunciados desde otras posiciones y lugares de enunciación, con otras motivaciones y en otros contextos. (3).

El carácter dialogal del ensayo es una cualidad muy marcada: el ensayista dialoga consigo mismo y con los lectores constantemente. En términos instrumentales, los ensayistas asumen la función de ser los *interpretadores* de realidades cambiantes.

En el ensayo cabe la emoción o los sentimientos del autor, su opinión sobre los hechos, pero también el humor y la erudición, la poética y el análisis estético, la crítica literaria, la política, la evocación histórica, la filosofía, la crítica social, etc.

El ensayo se ubica en un sector fronterizo que muchas veces es referido como *pensamiento*. La relación del aquel con el pensamiento es válida en tanto que se trata de un planteo teórico, especulativo y expositivo. Un texto ensayístico explora, indaga, examina, relee. No es objetivo ni neutro como puede pretenderse, por ejemplo, del tratado.² En la elección discursiva y en la selección sintagmática, está la marca

2 En el tratado caben aquellos textos de naturaleza didáctica y científica cuya finalidad es obtener una verdad (absoluta) y doctrinal.

del autor y su voluntad de transmisión de ideas. De este modo, propone Gelpí, muchos escritores encuentran en el ensayo la posibilidad de fundir su “voz autoral con otras voces, o en los que desempeña más bien la función de un editor o cronista de acontecimientos públicos o de la vida cotidiana.” (3).

El ensayo y el discurso científico

El ensayo es una prueba, una tentativa, una aproximación, un punto de partida, un *attempt*, un borrador.³ Muchos de sus postulados son hipotéticos, especulaciones que permiten el desarrollo ulterior de una línea de análisis o el abordaje de un modelo teórico determinado. La utilización que este tipo de texto hace de las hipótesis es, sencillamente, como instrumento de trabajo. Si bien toda construcción especulativa busca la refutación o la confirmación, no son éstos los objetivos del discurso ensayístico. Su blanco está puesto en la persuasión, o al menos y más modestamente, en la evaluación, reflexión, revisión, consideración, estudio, análisis de un tema. Mientras que el ensayista interpreta, el especialista investiga.⁴

Pese al tradicional divorcio entre la forma ensayística y la academia, el ensayo como forma discursiva comienza a ser adoptada en gran medida por las ciencias sociales. Una hipótesis es que las realidades cambiantes y los nuevos fenómenos sociales demandan

3 Según el *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana* la aparición, en España, de la palabra “ensayo” se remonta a principios del siglo XIX, como una copia del francés *essais* y el inglés *essay*. (Corominas: 299).

4 En 1914, Ortega y Gasset decía que “El ensayo es la ciencia sin la prueba explícita”. (161).

nuevos modos de expresión y nuevas interpretaciones, en línea con los procesos de especialización académica que dificultan la comprensión global e integral de los procesos. Y en este sentido, discurso científico y ensayo comienzan a confundirse y a convivir en la academia, en las librerías y en las bibliotecas.

La vena del ensayo social y político no se ha agotado [...]: la implantación de las ciencias sociales, con su aspiración a reemplazar la *doxa* del ensayismo por el rigor de la “episteme” científica. Digamos más: leídos con la perspectiva del tiempo transcurrido, muchos de los textos que nacieron de ese nuevo espíritu científico pueden ser colocados en los anaqueles de los ensayos de interpretación de la realidad de nuestros países que inauguró en gran estilo el *Facundo* de Sarmiento. (Altamirano: 208).

Para Jean-Michel Berthelot, las reglas de la escritura científica suponen una confrontación permanente entre exigencias de formalización y desarrollos literarios. De Locke a esta parte, la ciencia ha debido enfrentar el problema del lenguaje. El creciente proceso de formalización y especialización del discurso científico se enfrentó al desafío de describir y comentar en lengua natural un cierto número de procedimientos específicos prácticamente intraducibles fuera del campo, y ante la necesidad de encontrar un lenguaje depurado y universal.

Es interesante analizar el problema del ensayo en relación con otro proceso: la cuestión de la formalización de las normas de escritura epistemológicamente adecuadas para cada registro disciplinar –que derivan no pocas veces en producciones discursivas en serie. La transmisión del conocimiento nuevo, renovado, analizado o comentado debe encajar en los moldes establecidos pues existen “políticas de la verdad dominantes en el mundo académico, y las imágenes

del pensamiento y del conocimiento dominantes en el mundo académico imponen determinados modos de escritura y excluyen otros, entre ellos el ensayo.” (Larrosa: 1).

Comprender cómo funcionan las estructuras de producción, transmisión y control del conocimiento permite entender un poco mejor de qué modo se articula o desarticula el ensayo en este sistema. Como propone nuevamente Berthelot, el texto científico se inscribe en una red de referencias y reenvíos intertextuales explícitos que toman las formas de la cita, la mención, la nota, y que le permiten confirmar a su vez que ese texto se inscribe en un contexto de ciencia que cubre los requisitos de rigor, científicidad, disciplina, especialidad, adscripción explícita a una corriente, etc. En términos de Bourdieu, el texto refiere simbólicamente al sistema de autoridades y jerarquías del campo al que pertenece, en este caso, el científico. Naturalmente, todos los *aspectos literarios* que logran sobrevivir en este tipo de texto se reducen al papel del mero comentario, porque son concebidos como fuente de confusión, materia subjetiva y opinable. Estos textos son indisociables de la comunidad que los recibe, los evalúa, los cita, los retoma, y construye a través de ellos su saber, de tal manera que el propio modo de exposición lo legitima. Latour, por ejemplo, insiste en que no se puede entender el discurso de la ciencia como neutral, y afirma que escribir un artículo científico implica hacer una serie de estrategias, establecer alianzas, señalar tomas de posición, distancias.

En este escenario, el ensayo de interpretación, dotado de un contenido literario, con una fuerte voluntad de estilo y una marcada carencia de método cuestiona las reglas de la academia. Y lo hace, en primer lugar, porque no está escrito —o no siempre está escrito— por profesionales. Se trata, más bien, de una comunidad ilustrada que puede apelar libremente, en términos temáticos, estilísticos y metodológicos, a toda la serie de recursos literarios y hermenéuticos que le vengan

en gana. “El ensayo insta una jerarquía entre el ejercicio textual limitado, escolar y técnico, respecto de una aventura intelectual y una hermenéutica de las profundidades.” (Weinberg 2007b: 277).

Muchos eligen esta última, en todo caso, porque entre sus múltiples virtudes cuenta la de ofrecer una lúcida visión de conjunto. El ensayista mira afuera del texto y teje su mirada en una representación que, a su vez, convierte al lector en partícipe de esa experiencia del mundo. No se pretende neutral, porque no lo es. No se pretende objetivo, porque toma posiciones.

Como decíamos anteriormente, si bien este tipo de ensayo ha sido históricamente desplazado de la comunidad académica por su *falta de rigurosidad* y fue mayormente reemplazado por el discurso de las ciencias sociales, desde hace algunas pocas décadas podemos encontrar ejemplos de una nueva síntesis entre ambas formas: un ensayo de corte académico que cumple los requisitos de sustento científico y rigor demostrativo a la vez que presenta una cuidada prosa. Se trataría, entonces, de un ensayo epistemológicamente válido, constituido en una dimensión estética que respeta los principios clásicos del discurso científico: pretensión de objetividad, explicitación de la metodología seguida, aporte de datos controlados y contrastables, validación de pruebas, diálogos con representantes del campo. A partir de esta reconciliación entre ensayo y ciencias sociales, comienza a salvarse la distancia entre epistemología y hermenéutica; entre conocimiento y comunicación.

El ensayo, la edición y el mercado

El ensayo es un recorte interpretativo, recorte muchas veces sugerido en el propio título de la obra. Las características del recorte nos dicen mucho acerca de la interpretación que se

llevará a cabo. No podemos obviar aquí el rol determinante que toda práctica editorial ha de tener, siendo ella la que, en muchas ocasiones, establece los parámetros paratextuales e incluso recorta, reordena y sugiere modificaciones al interior del texto. Postular un camino interpretativo es postular un tipo de diálogo con el lector, tarea emprendida por el autor, pero no pocas veces también por el editor. Estas aproximaciones deben lidiar, además, con la clasificación casi ingenua que sobre el libro de ensayo realiza el mercado. Pensemos, si no, en los modos en los que las librerías clasifican los textos recibidos de las editoriales y los ubican en los anaqueles de ‘Pensamiento’, ‘No ficción’, ‘Ensayo’, ‘Conocimiento’. Esto, en el mejor de los casos en los que la librería cuente con algún sistema de ordenamiento e identificación temática de las obras. Vemos cómo la clasificación genérica que cada texto recibe por integrar un sistema literario se cruza, además, con la clasificación propuesta por el mercado. El ensayo sufre una doble clasificación: de la teoría literaria por un lado, y de la economía cultural/mercado por otro.

La forma ensayística no queda al margen de nuevos modos de circulación del conocimiento, nuevos canales y soportes. Los procesos editoriales se abren a nuevas dimensiones de producción y recepción, la dinámica editorial es otra y los avances tecnológicos dan lugar a la trasmisión de textos que son, además, recibidos y percibidos de maneras alternativas. A partir de una dinámica editorial renovada, las nuevas condiciones de circulación del conocimiento están en estrecha relación, desde una perspectiva económica, con el mercado literario (librerías, editoriales, prensa especializada, ferias del libro). El mercado es el ámbito al que concurren los proveedores y consumidores de bienes y servicios para satisfacer sus necesidades. Allí quedan comprendidas las empresas privadas, los individuos, el Estado y también el conjunto de operaciones de oferta y demanda en una

compleja trama de interrelaciones reales y simbólicas en las que juegan su rol las fuerzas económicas, políticas, sociales y culturales. Los mercados se clasifican de múltiples formas, por tipo, ámbito geográfico, categorías de productos o servicios, clase o tipología de los consumidores. En el caso editorial, existe el mercado del libro por género (literatura infantil, poesía, narrativa, “no-ficción”, etc.), por lengua; por territorio, por distribución de ingresos (comercial, académico, independiente).

El ensayo como *commodity*

¿Qué es el libro? ¿El objeto? ¿La cosa? El libro no es —o no es solamente— el soporte que sustenta la obra; el libro es su contenido, el conocimiento ordenado, presentado, editado de determinada manera. En ese sentido, el libro —impreso, electrónico, audio, etc.—, en tanto formato contingente del conocimiento, es un *commodity* intercambiable en el mercado económico-financiero.

Un *commodity* puede ser de naturaleza material o simbólica, pero lo importante es que su valor no está anclado en el presente, sino en una especulación, una interpretación a futuro. En frecuente hablar, incluso, de los mercados de futuro. Aquí es importante precisar que estamos refiriéndonos a libros de ensayo y no a cualquier tipo de literatura pues, a diferencia de la ficción (que lleva al lector a un universo propio, atemporal, sin vínculo necesario con la realidad histórica), el ensayo debe negociar con nuestro mundo. El ensayo como *commodity* lleva su valor asociado en su relación con el presente y el futuro. Debe, necesariamente, definirse en oposición o alianza con el presente, y de allí su valor (financiero y simbólico) se liga al futuro.

Desde una teoría universalista se pensaría que el libro como objeto cultural comoditizado es igual en todo

el mundo. Sin embargo, sabemos que esto no es así. Un libro de ensayo en Buenos Aires no vale lo mismo que uno adquirido en París. Los valores monetarios son diferentes, la disponibilidad es otra, no todos están traducidos y no se leen aquí los que se leen allí (Canaparo). No obstante, los precios de los *commodities* se fijan en el *centro*, en este caso, Europa/Estados Unidos, y no en la periferia. Son las grandes casas editoriales o los agentes literarios, en su gran mayoría con sede en Europa o Estados Unidos, aquellos que fijan los *royalties* y los montos de los anticipos por la compra de un derecho de traducción. También son ellos los que establecen los territorios para los que la traducción será accesible y por cuánto tiempo.

A estas condiciones, por otra parte, se suma la enorme incertidumbre dentro de la industria editorial a partir de los diferentes procesos de digitalización que reformulan la estructura financiera del negocio. Los costos de producción, distribución, almacenamiento, comercialización, burocracia se ven enormemente reducidos al pasar del analógico al digital. Una de las formas de relevar el impacto de las nuevas tecnologías sobre el conocimiento puede encontrarse en las transformaciones que ha sufrido el formato del libro; en otras palabras, la transformación de un *commodity*. El activo principal de la industria editorial, junto con el control de la propiedad intelectual, no es ya el stock de libros almacenados en un depósito –la posesión física de los libros ya no significa conocimiento–, sino la capacidad de adquirir, poner en valor y distribuir información obteniendo un precio por dichos contenidos. En este sentido, el manejo del capital cognitivo resultaría disociable del soporte que los sustenta.

El modelo de edición actual, todavía en plena conformación, otorga la capacidad –y tal vez la necesidad– de colaborar, crear y organizar discursos y actos creativos a un costo muy bajo. Sin embargo, desde el sector editorial

latinoamericano se ha hecho muy poco de manera articulada, sistemática e institucional. En este escenario, es alentador que uno de los sectores editoriales locales que más invierte en investigaciones, estudios de mercado y desarrollos tecnológicos sea aquel que entre sus catálogos cuenta con colecciones dedicadas al ensayo.⁵

* **Elizabeth Hutnik** es argentina y obtuvo su Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional de Buenos Aires. Actualmente escribe su tesis doctoral en el ámbito de las Ciencias Sociales (UBA) y desarrolla su beca de investigación para el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas en las áreas de edición y nuevas tecnologías. Su ámbito de trabajo, bajo la dirección del Dr. José Luis De Diego, es el IDIHCS-CONICET, donde integra además el grupo de investigación H-555, “Editores y políticas editoriales: articulaciones y redes entre Argentina, América Latina y España”.

Bibliografía

- Adorno, Theodor (1962). “El ensato como forma”. En *Notas de literatura*. Barcelona: Ariel. 11-36.
- Altamirano, Carlos (1999). “Ideas para un programa de Historia Intelectual”. *Revista Prismas*, N° 3. 203-208.
- Angenot, Marc (1989). “Argumentation et Discours”. *Discours social/Social Discourse*, N° 3 V.II. 67-109.
- Arenas Cruz, María Elena (1997). *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Bajtín, Mijaíl (1998). “El problema de los géneros discursivos”. En *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI. 248-

5 Este trabajo es parte de una investigación mayor centrada en la situación del ensayo en el ámbito editorial argentino entre 2000-2010. La ampliación estadístico-descriptiva de la información aquí presentada se encuentra en proceso de análisis en el marco de la redacción de la tesis doctoral de la autora.

294.

- Berthelot, Jean-Michel (2001). *Epistémologie des sciences sociales*. Paris: PUF.
- Bourdieu, Pierre (2000). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.
- Canaparo, Claudio (2009). *Geo-epistemology. Latin America and the Location of Knowledge*. Bern: Peter Lang.
- Corominas, Joan (1955). *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, t. II.
- Gelpí, Juan (1997). “Relatos de la ciudad y crítica urbana”. *Revista de Crítica Cultural*, Nº 14. 1-8.
- Gómez Martínez, José Luis (1992). *Teoría del ensayo*. México: UNAM.
- Grüner, Eduardo (1992). *Un género culpable; la práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Rosario: Homo Sapiens.
- Huerta Calvo, Javier (1995). “Ensayo de una tipología actual de los géneros literarios”. En *Los géneros literarios: sistema e historia*. Madrid: Cátedra. 143-232.
- Jackson, Peter (1999). “Commodity Cultures: The Traffic in Things”. *Transactions of the Institute of British Geographers*, New Series, No. 1, Vol. 24. 95-108.
- Larrosa, Jorge (2003). “El ensayo y la escritura académica”. *Revista Propuesta Educativa*, Nº 26, Flacso-Noveduc. 20-34.
- Latour, Bruno (1997). *Petit leçons de sociologie des sciences*. Paris: Seuil.
- Lukács, Georg (1970). “Sobre la esencia y la forma del ensayo (Carta a Leo Popper)”. En *El alma y las formas*. Barcelona: Grijalbo. 15-39.
- Mignolo, Walter (1986). *Teoría del texto e interpretación de textos*. México: UNAM.
- Montaigne, Michel de (2002) [1580]. *Les essais*. Paris: Arléa.
- Piera, Carlos. (1991). “La conveniencia de la prosa”. *Revista de Occidente*, Nº 116. 13-24.
- Real de Azúa, Carlos (1964). *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. Tomo I. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República. 11-59.
- Reyes González Flores, José (2004). “Genealogía del ensayo”. *Sincronía*, Invierno 2004. En línea URL: <http://sincronia.cush.udg.mx/> [consultado 11/2/2012].
- Saer, Juan José (1999). “La cuestión de la prosa”. En *La narración objeto* Buenos Aires: Seix Barral. 55-61.

- Scarano, Mónica Elsa (2006). “Pensar Latinoamérica: Tradición Ensayística y Políticas Culturales”. Actas del *II Congreso CELEHIS 2004*, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Scheines, Graciela (1995). “Fundar la patria en la escritura”. En *El ensayo iberoamericano*. México: Ed. UNAM. 193-197.
- Todorov, Tzvetan (1988). “El origen de los géneros”. En *Teoría de los géneros literarios*. Madrid: Arco libros. 31-48.
- Weinberg, Liliana (2007a). “El ensayo latinoamericano entre la forma de la moral y la moral de la forma”. *Cuadernos del CILHA*, N° 9. 110-130.
- _____ (2007b). “El ensayo como poética del pensamiento”. *Andamios*, N° 7. 271-287.